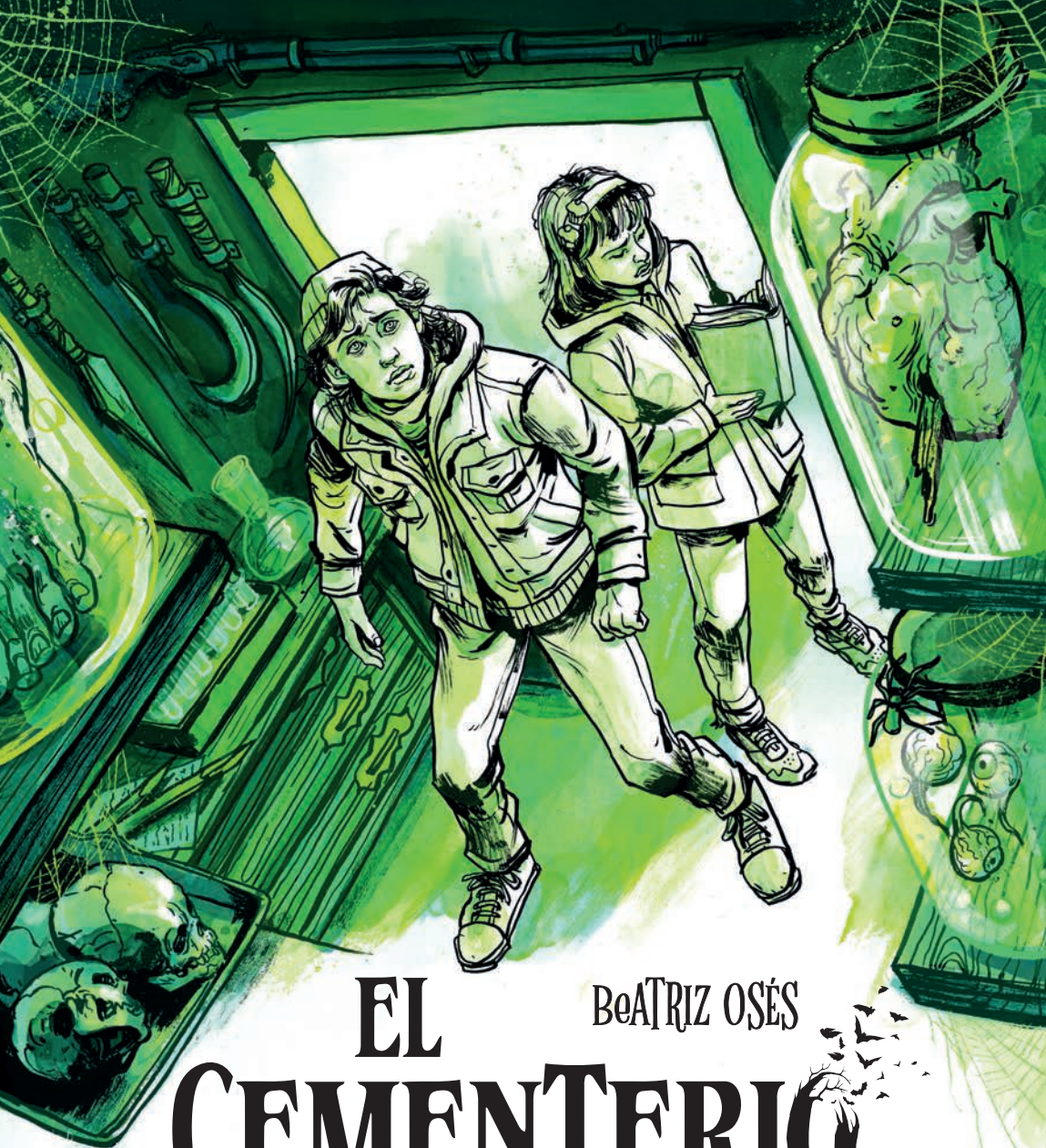




EL BeATRIZ OSÉS
**CEMENTERIO
DE EVERDEN**

DESTINO

El misterio de Izan

EL BeATRIZ OSÉS
CEMENTERIO
DE EVERDEN
El misterio de Izan

Ilustraciones de Mónica Armiño

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Beatriz Osés, 2025

© de las ilustraciones de interior y cubierta: Mónica Armiño, 2025

© Editorial Planeta S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-08-30710-5

Depósito legal: B. 13.666-2025

Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



«¡Sal de ahí!». Eso fue lo que me ordenó. Su voz grave me dejó paralizado. El terror tensó cada uno de mis músculos. «¡Sal o disparo!». La puerta del maletero se había abierto con brusquedad. La luz de una linterna nos deslumbró. Madison se encontraba encogida debajo de mí. Apretaba en su mano la pulsera con el gato negro. Le prometí que volvería a buscarla. Por encima de nuestras cabezas lucían las estrellas. Era una noche de junio en Oak Forest. Todo indicaba que iba a morir.

Obedecí la orden. Él se ocupó de cerrar el vehículo. Caminé hacia las tumbas encañonado por su pistola. Recordé a mi hermano. Su cuerpo inerte en la carretera W143, frente al cementerio. Pensé que una extraña y fatídica casualidad nos iba a unir en Everden. Que ambos nos habíamos tropezado con la muerte por error, de una forma absurda e inesperada. Que su desgracia se



había encadenado con la mía. Oí las pisadas del hombre, guiándome entre los robles, cuajados de hojas y de un verano recién estrenado esa misma noche. Un verano que yo no vería. No, a menos que actuase. Traté de escapar corriendo. Me alcanzó sin esfuerzo. Me derribó y sacó del bolsillo un objeto punzante con el que me hirió en el brazo. Del largo y profundo corte comenzó a manar sangre que me manchó la sudadera. «¡No lo hagas más difícil!», gritó. Y sus palabras me congelaron. Ni siquiera notaba el dolor de la herida.

Sometido a su voluntad, avancé sobre la hierba. Un paso, otro más. El miedo recorriéndome por dentro. El foco de la linterna se detuvo frente a un agujero excavado en la tierra. Me quedé inmóvil ante mi propia tumba. Deduje que la primera vez que el coche se detuvo, antes de llegar al cementerio, lo hizo en su casa para tomar las herramientas. El corazón al galope. Un autillo ululaba, ajeno a mi angustia. Las piernas ya me temblaban de un modo incontrolable. Un montón de tierra aguardaba junto a un pico y una pala. La voz del desconocido me estremeció. Cumplí sus órdenes. Me arrodillé en el suelo. Coloqué las manos encima de la cabeza. Supliqué que no lo hiciera. Las estrellas brillaban en la oscuridad de la noche. El ulular del autillo. Los crujidos entre las ramas y los matorrales. Dentro del bosque, la vida continuaba. Cerré los ojos como si aquel gesto pudiera evitar lo inevitable. Disparó un único



tiro. Una sola bala me atravesó la espalda. Sin apenas ruido. Veloz. Después, todo se volvió negro. Oí unas paladas. Sentí la tierra cayendo sobre mí. Nada más. La noche de Everden se volvió terriblemente silenciosa.

Desperté sobresaltado y empapado en sudor. El rostro de Camelia quedó a un palmo del mío.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté horrorizado.

A la pesadilla había que añadirle los ojos saltones de Dunkel clavados en mí. La luz del salón se encontraba encendida. Juraría que la había apagado antes de acostarme en el sofá. Me agarré a la manta.

—¿Qué narices te ocurre? —proseguí mosqueado—. ¡Me has pegado un susto de muerte! —protesté mientras me apretujaba contra el respaldo del sofá.

Ella carraspeó.

—Yo solo...

—¿Qué?

—No sé, parecía que sufrías un sueño horripilante.

Menuda lince.

—Tú estabas aquí antes —afirmé.

—¿Antes de qué?

—Antes de la pesadilla, Dunkel. ¿A qué viniste?

Porque había dejado un cepillo sobre la mesa y el pelo se le veía más cardado de la cuenta. Además, mentía fatal. Se le hinchaban las fosas nasales cuando lo hacía.

—Tenía sed —se justificó—. Iba a pillar un vaso de agua a la cocina.

—Ya, claro. ¿Y tu botella de cristal?

Apretó los labios.

—Mmm...

—¡Dime la verdad, Dunkel! ¿A qué porras viniste?

Se quedó paralizada. La observé fijamente.

—A tomarte el pulso —contestó al fin.



—¿Perdona?

—¿Querías la verdad? —replicó molesta—. ¡Pues esa es la verdad!

—¿Has bajado a tomarme el pulso?

Asintió con un gesto.

—¿Por qué? —le espeté.

—Para comprobar una cosa.

Adoptó un aire misterioso.

—¿Esa cosa tiene algo que ver con la radiografía del hospital?

—Podría ser —dijo con la boca pequeña.

—¿Qué te dijo el médico? —insistí.

—Tonterías.

Tomé uno de los cojines y me abracé a él.

—¡Confiesa, Dunkel! ¿Qué te contó?

Camelia resopló para apartarse un rizo que le caía sobre la frente.

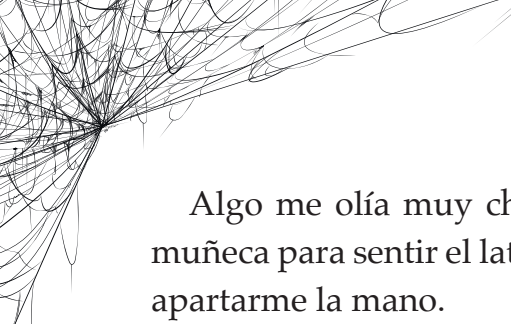
—Ese botarate, en fin... —hizo un gesto de hastío con la mano—, que si no te encontraba el pulso, que si patatín, que si patatán.

—¿No tengo pulso? —pregunté alarmado.

—¡Qué cosas se te ocurren! —le restó importancia—. ¿Cómo no vas a tener pulso? Anda, sigue durmiendo. Descansa, Izan.

—¿Cómo que «Descansa, Izan»? Me acabas de revelar que me falta el pulso... Pero ¿tú te crees que yo me puedo dormir ahora?

—Un error médico lo comete cualquiera. Y más si se trata de mi ex. ¡Valiente imbécil!



Algo me olía muy chungo. Me llevé los dedos a la muñeca para sentir el latido de mi corazón. Ella trató de apartarme la mano.

—¿Qué estabas soñando? —me interrogó.

Se notaba que quería desviar mi atención.

—Y tú, ¿qué viste en la radiografía? —contraataqué.

—Nada... Bueno —rectificó sobre la marcha—, una manchita blanca.

—¿Una manchita blanca? —repetí con recelo.

—Una manchita de nada, un puntito, vamos —se reafirmó.

La observé inquisitivo y me volví a colocar las yemas de los dedos sobre la muñeca. Pasaron más de veinte segundos. La observé espantado.

—¡Que no tengo pulso!

Ella ladeó la cabeza y me miró con dulzura.

—A veces pasa.

—¿De qué hablas? —pregunté desconcertado.

—El latido será muy débil o quizá no sepas tomarlo.

—¡Camelia, no soy tan melón como para no encontrarme las pulsaciones! —protesté indignado.

—¡Chis! —me mandó callar, llevándose el índice a los labios—. Vas a despertar a Emma.

Sí, mientras Sally se encontraba ingresada en el hospital, teníamos compañía. La okupa de los brackets ha-

bía invadido «nuestra casa». Ahora Emma dormía con Camelia y teníamos que compartir hasta la ducha.

—Venga, deja que te tome el pulso —insistió.

Me agarró del brazo. Cedí después de un pequeño tira y afloja. Apretó los dedos contra mi muñeca. Puso cara de concentrada. Intenté quejarme. Con un gesto me pidió que me callase. Cerró los ojos. «Ni que fuera a contactar con un ser de otro mundo», pensé. Así permaneció durante un tiempo que se me hizo eterno. De pronto, dejó escapar un suspiro de alivio.

—Ahí está tu latido —afirmó satisfecha, abriendo los párpados.

—¿Cómo?

—Tu corazón va más despacio de lo normal —afirmó sin el menor atisbo de preocupación.

—¿Cuánto?

Ella forzó una sonrisa y comprobó el reloj de su móvil.

—Un latido cada minuto, más o menos.

—¡No puede ser!

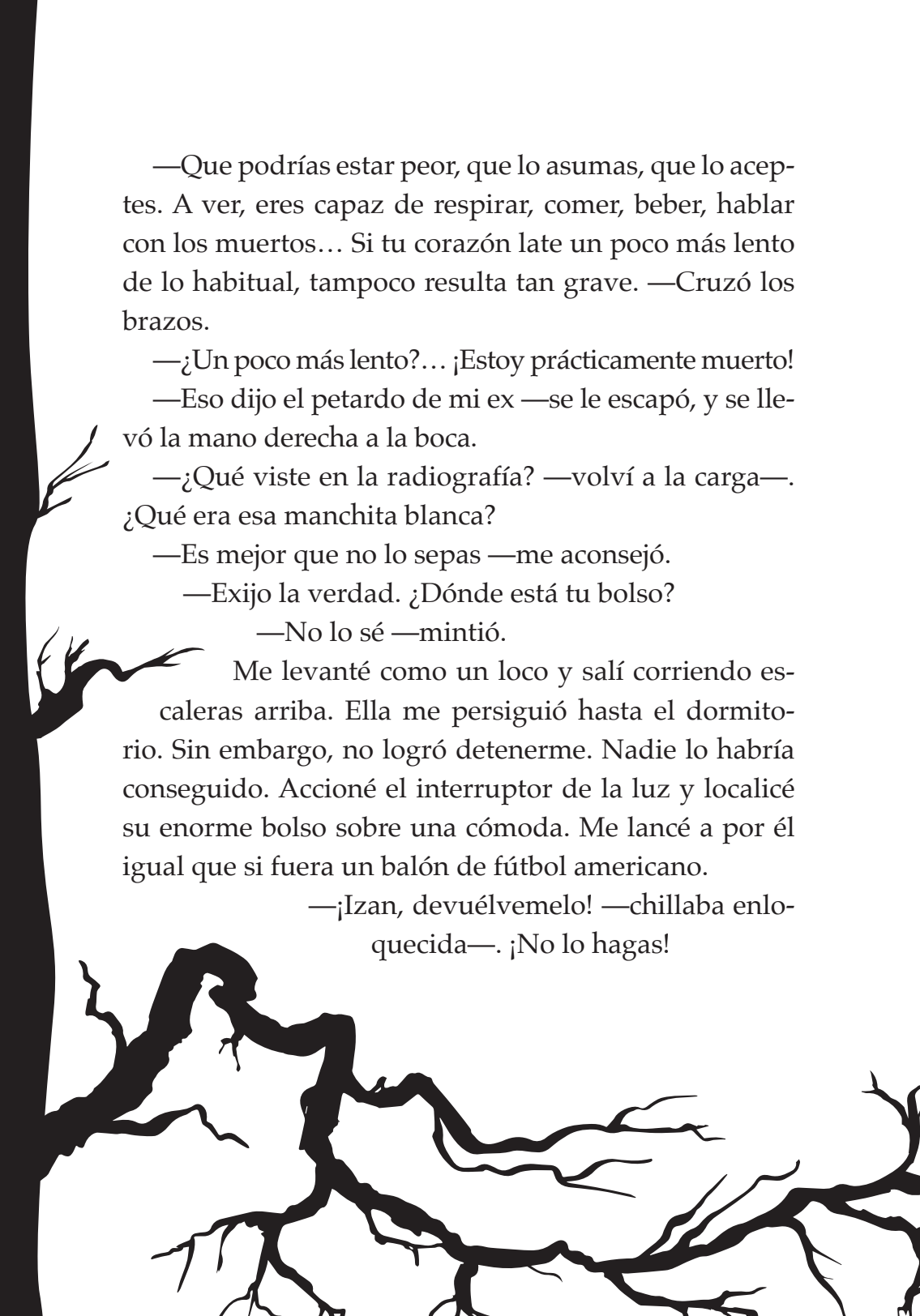
La tarotista encogió los hombros y levantó las palmas de las manos.

—Pues, chico, no te queda más remedio que aceptarlo.

—Camelia, esto es muy serio.

—A veces, la realidad se impone.

—¿Qué quieres decir?



—Que podrías estar peor, que lo asumas, que lo aceptes. A ver, eres capaz de respirar, comer, beber, hablar con los muertos... Si tu corazón late un poco más lento de lo habitual, tampoco resulta tan grave. —Cruzó los brazos.

—¿Un poco más lento?... ¡Estoy prácticamente muerto!

—Eso dijo el petardo de mi ex —se le escapó, y se llevó la mano derecha a la boca.

—¿Qué viste en la radiografía? —volví a la carga—. ¿Qué era esa manchita blanca?

—Es mejor que no lo sepas —me aconsejó.

—Exijo la verdad. ¿Dónde está tu bolso?

—No lo sé —mintió.

Me levanté como un loco y salí corriendo escaleras arriba. Ella me persiguió hasta el dormitorio. Sin embargo, no logró detenerme. Nadie lo habría conseguido. Accioné el interruptor de la luz y localicé su enorme bolso sobre una cómoda. Me lancé a por él igual que si fuera un balón de fútbol americano.

—¡Izan, devuélvemelo! —chillaba enloquecida—. ¡No lo hagas!

Saqué la radiografía y dejé caer el bolso al suelo. La levanté lo más alto que fui capaz para observarla al trasluz. Camelia intentó arrebatármela, sin suerte.

—¡Mierda! —exclamé descolocado—. ¡Eso no es una manchita blanca, maldita sea!

—No quería que te asustaras —contestó, y, esta vez, sonaba sincera.

—¡Por todos los demonios, es una bala!

—Eso parece —comentó ella.

—Una bala incrustada en el corazón —murmuré sin apartar la mirada de la radiografía.

—En todo el medio, querido.

Si pretendía animarme, se lo estaba montando fatal. Me quedé callado un instante. Tragué saliva con dificultad.

—Entonces, él me mató esa noche en Everden.

Camelia me observó en silencio. Me pasó el brazo por el hombro.

—No te mató del todo —dijo con voz queda.

